

Modesto Santa Cruz, una postal de la poesía latino-mexicana

Joaquín Antonio PEÑALOSA

Hacia una historia de la literatura latino-mexicana

Si las letras mexicanas del siglo XIX lograron una fervorosa conciencia de nacionalidad, no por eso olvidan una de las “constantes” más entrañables como es el cultivo de las letras latinas, así no muestren ni el volumen ni el mérito de las que produjo el XVIII, el siglo de oro de nuestra latinidad.

La futura historia de la literatura latino-mexicana —que después de casi medio siglo, sigue siendo el anhelo insatisfecho por el que aspiraba vivamente el Dr. Gabriel Méndez Plancarte—, deberá tomar en cuenta las diversas expresiones de las humanidades clásicas y, en concreto, de las obras latinas escritas en provincia, como afluentes de la magna producción latina centralizada en la capital de la nación y en algunas ciudades de Italia donde vivieron desterrados los jesuitas latinos del Setecientos.

He aquí, precisamente, un bello poema latino escrito por un oscuro provinciano del siglo XIX, Modesto desde el nombre, un perfecto desconocido aun en San Luis Potosí, donde vivió buena parte de su vida y donde escribió su obra. Hasta 43 años después que Modesto Santa Cruz redactó su composición descriptiva, la descubrieron Manuel José Othón y Ambrosio Ramírez —potosinos, alumnos del Seminario Conciliar, abogados, poetas y académicos ambos—, quienes la tradujeron a verso castellano en 1893. Después, otro gran silencio hasta 1956, año en que el autor de estas líneas publicó

el poema de Santa Cruz con algunas notas historicocríticas y las versiones de Othón y Ramírez (*Abside*. México, D. F. XX, 3; julio-septiembre 1956, pp. 251-282; y en sobretiro), trabajo que hoy aparece corregido y aumentado.

Modesto Santa Cruz, los oscuros días

Ignórase el lugar y fecha de nacimiento, la que podría conjeturarse hacia 1811. “Probablemente nació en Jalisco y estudió en el Seminario de Guadalajara, pues vivió en la diócesis potosina —desde antes de la erección—, como domiciliario de aquélla”, según Rafael Montejano y Aguiñaga (*Bio-bibliografía de los escritores de San Luis Potosí*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, pp. 352-53).

Fue ordenado sacerdote por el Ilmo. Sr. don Ángel Mariano Morales, obispo de Sonora, el 6 de enero de 1836. Cuando llegó a San Luis Potosí su primer obispo, el Ilmo. Dr. don Pedro Barajas, el año de 1855, se encontró con 42 sacerdotes del clero secular, entre los que se contaba a Modesto Santa Cruz y a quien sólo aventajaba en antigüedad de ordenación, Isaac Barbosa (no olvidemos que la diócesis de San Luis Potosí se integró con parroquias de tres obispados, México, Guadalajara y Michoacán).

Ese mismo año de 1855, cuando se inaugura el Seminario Conciliar a una con la diócesis, aparece Santa Cruz en el primer claustro de profesores como maestro de Física, Retórica y Literatura, al propio tiempo que los alumnos del segundo curso de latín —llamados “medianos y mayores”—, se ejercitan en la versión latina traduciendo precisamente el poema descriptivo de Santa Cruz que el *Plan de estudios* del Seminario, publicado en aquel mismo año, llama *Tentamina Poetica*, esto es, *Ensayos Poéticos*.

En 1857, era catedrático de medianos y mayores. Cuando la injusta persecución arrojó a la calle a profesores y alumnos del Seminario, el 31 de agosto de 1859, Santa Cruz, acatando las disposiciones del obispo Barajas que por sentencia de destierro había emigrado a Guadalajara, abrió las puertas de su casa

para continuar ahí enseñando latín a los seminaristas dispersos (Ricardo B. Anaya, *El Seminario Conciliar de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Talleres Mario, 1955, p. 56, p. XXIV nota 136, p. XXVII notas 155 y 156).

En 1865, residía enfermo en el pueblo de Ahualulco, S.L.P.; regentó posteriormente la parroquia de Venado, S.L.P. —el pintoresco pueblo que es el tema de su canto latino—, parroquia que entregó el 12 de junio de 1875. Se trasladó al vecino pueblo de Moctezuma, S.L.P., donde vivió protegido por su párroco, el Pbro. Cenobio Mendoza, y donde murió el 28 de julio de 1877. El acta del entierro dice así: “En el camposanto de San Gerónimo Moctezuma, a los 29 días del mes de julio de 1877, yo el presbítero Cenobio Mendoza, cura interino y juez eclesiástico de esta feligresía, dí sepultura eclesiástica al cadáver del Pbro. D. Modesto Santa Cruz, adulto, de 66 años de edad, hijo legítimo de D. . . . y Da. . . . No se confesó y murió de un ataque cerebral en esta ciudad. Y porque conste, lo firmo. Cenobio Mendoza” (Parroquia de San Gerónimo de la Hedionda. *Libro de entierros*, n. 25, 1867-1886, f. 27v. Al margen: Moctezuma, Presb. Modesto Santa Cruz, adulto).

El Dr. Ricardo B. Anaya, que siempre escribió Santacruz —porque asegura haber visto documentos firmados de esta manera—, afirma extrañamente que murió nonagenario. “El señor canónigo Alfonso M. Sosa que lo conoció mucho, según me atestiguaba en carta el Dr. Anaya, fue su discípulo y asistió a su entierro en la iglesia de Moctezuma; contaba que era muy rubio, de porte muy distinguido, con algún parecido con el señor obispo Guillermo Tritschler (sexto de San Luis Potosí); usaba peluca aun para celebrar la misa, con privilegio apostólico”, que entonces se requería.

Por sugerencia de quien esto escribe, el Ayuntamiento impuso a una calle de la capital potosina, el nombre de Modesto Santa Cruz, que pocos sabrán quién fue.

Arte Poética de Horacio

El único opúsculo que publicó Santa Cruz fue el “*Arte Poética* de Horacio con algunas observaciones en forma de notas,

por el presbítero D. . . , catedrático de Medianos y Mayores en el Seminario Conciliar de esta Capital; y ocho odas del mismo poeta traducidas en metro castellano por el célebre Sr. D. Leandro Fernández de Moratín. Obras que se publican para el aprovechamiento y mayor comodidad de la juventud potosina. San Luis Potosí. Imprenta de Genaro Dávalos, 1857” (1h. p., 48 p. 16 cm).

En el prólogo, advierte que como algunos de sus alumnos son indigentes y no pueden adquirir “la obra costosa intitulada *Autores Selectos*” (que debió ser una antología de textos latinos dispuestos para que los alumnos los tradujesen), creyó “prestar un servicio a la juventud menesterosa” para que todos sin distinción poseyeran —no dice si a bajo precio o como obsequio suyo o del Seminario—, este florilegio de Horacio.

Santa Cruz cambia enseguida el tono caritativo del breve prólogo por una combativa autodefensa. “En estos tiempos de tinieblas, dice, en que hay más orgullosos y charlatanes que verdaderos ilustrados, no sería remoto que mis pobres anotaciones a la indicada obrita, sirvieran de pasto —pastio non hominum, sed pecudum est—, a la vil mordacidad y negra maledicencia. Advierto, por lo mismo, que no ha sido ni es mi objeto, dirigir mis instrucciones a otras personas que a los jóvenes indigentes y estudiosos; y que tal publicación no ha sido tan esmerada ni extensa como yo habría deseado, por haber tenido que luchar contra gravísimos inconvenientes, cuando nuestro año escolar está muy próximo a su término”. En efecto, el prólogo está fechado el 26 de junio de 1857, dos meses antes de las vacaciones.

“Por lo demás —vuelve Santa Cruz a la carga—, contentaréme con decir que, generoso con los prudentes, respetaría profundamente y aprovecharía con gusto las juiciosas objeciones que se dignasen hacerme los aristarcos; pero que, orgulloso con los orgullosos, nunca toleraría las nauseosas badajadas de ningún zoilo, a quien, llegado el caso, le pondría de manifiesto los fundamentos en que se hayan apoyadas mis observaciones, suponiendo que no se limitase a zaherir oculutamente a su víctima en estrados o en corros”.

Santa Cruz puso 32 notas al *Arte Poética* que, contra lo esperado en este tipo de libros escolares destinados a la traducción, comprensión y gusto de los textos, no son aclaraciones mitológicas, históricas, filosóficas o estilísticas; sino que se reducen exclusivamente a advertir leves lunares del poema de Horacio; quizá porque Santa Cruz cedió a la debilidad de aparecer ante los discípulos como un excelente maestro —que lo era en efecto, y que por lo mismo no necesitaba recurrir a estos dudosos subterfugios—; o porque, más bien, quiso adelantarse a posibles críticas de algún maestro, según puede presumirse por el espíritu y la letra del prólogo galeato.

Los alumnos de Santa Cruz hubieran aprovechado mucho más el *Arte Poética*, si su maestro les hubiera advertido la doctrina, las alusiones, la belleza de estilo, en vez de limitarse a enjuiciar probables desfallecimientos; porque tal verso no es armonioso, ya que termina con uno o dos monosílabos (notas 1 y 2), o porque falta una coma (nota 5), o porque surge una cacofonía (notas 28 y 29). Por lo menos, Santa Cruz trata de encontrar una explicación a esta visión negativa y perfeccionista que se duele de que el sol tenga manchas y se encuentren poros en la escultura griega: “¿Y será lo dicho disminuir el gran mérito del célebre poeta Horacio? Sería yo un temerario. ¿Qué, pues, inferir? Que aun los hombres más célebres no están libres de incurrir en defectos” (pp. 3 y 4, nota 1).

Santa Cruz añadió al *Arte Poética*, “algunas odas horacianas, quizá las más hermosas”, en edición bilingüe, con la traducción neoclasicista de Leandro Fernández de Moratín; pero esta vez con breves notas aclaratorias del sentido y estilo. Lo que significa que no faltaba erudición ni método a Santa Cruz, puesto que anota sabiamente las odas, lo que no hizo con el *Arte Poética*.

Estas odas son ocho, y en verdad bien seleccionadas: *Tu ne quaesieris* (lib. I, oda 11); *Icci beatiss* (I, 29); *Rectius vives* (II, 10); *Integer vitae* (I, 22), *Eheu fugaces Postume* (II, 14), *Quem virum* (I, 12), *Pastor cum traheret* (I, 15), *Non ebur neque aureum* (II, 18).

La antología horaciana de Santa Cruz expresa su fervor por

el Príncipe de los Líricos del Lacio, su buen gusto en la elección de los poemas, su conocimiento de la métrica latina, su arte de enseñar poniendo a los discípulos en trato directo y vivo con los clásicos y, en fin, su generoso corazón que brinda a los estudiantes menesterosos, los necesarios instrumentos para el aprendizaje.

Santa Cruz, poeta latino

Nadie recordara hoy su nombre, si no hubiera escrito estos 110 hexámetros que nacieron de un propósito didáctico, para que sirvieran a los jóvenes consagrados al estudio de la lengua latina. Tal es el origen del poema *Brevis descriptio vesperis verni quodam in vico Reipublicae Mexicanae*, que escribí en 1850; pero que fue publicado por el Seminario Conciliar de San Luis Potosí hasta 1875. He aquí las características bibliográficas: *Tentamina Poetica* (Ensayos Poéticos), portada; Prólogo del editor, pp. I y II; poema latino, pp. 1-8; 11 cm.

El prólogo anónimo advierte: “Este Seminario ha tenido a bien dar a las prensas los *Ensayos Poéticos* que dedica su autor a la juventud estudiosa. *La tarde de verano* que se describe en ellos, fue del año de 1850 y, desde entonces hasta estos días, había permanecido inédita la descripción”. Enseguida reconoce el valor del canto: “Se ha creído que este corto poema, de poco más de cien versos, es en el género descriptivo, un modelo moderno digno de imitarse por su fluidez y claridad, precisión y exactitud, adoptándosele por lo mismo, como se le adoptó, para el uso de los mayoristas”. Concluye el prólogo con esta reflexión poético-nacionalista: “El continente mexicano tiene fértiles campos, amenos vergeles, frondosos bosques, candorosos moradores en algunas aldeas y sucesos heroicos y talentos que se pueden cultivar con éxito feliz en la armoniosa poesía del más bello y sonoro de los idiomas”.

El poema, como lo enuncia el título, es una “descripción de una tarde de verano en un pueblo de la República Mexicana”, un asomo a la hermosura y a la paz de la naturaleza y de las

almas, captada en esta postal eglógica de esmerada finura en el trazo y de trémulo candor en el sentimiento.

Se abre el poema presentando “el divino silencio verde” del valle, bajo el atardecer oloroso de flores. Una dulce quietud preside la descripción del paisaje y una mano segura va siguiendo los versos. Los hexámetros están bien contruidos; aunque algunas veces, por urgencias métricas, el autor emplea el pretérito imperfecto sin haber necesidad de usarlo.

Hay una predilección del poeta por “el agua multiforme”, que diría Amado Nervo: el manantial, los baños, el arroyo, el río, la cascada, la lejana lluvia. Del mundo vegetal, el poeta evoca los amenos prados, las encinas, las manadas de álamos bebiendo agua en el río, las hortalizas abundantes, unos árboles “que producen sabrosa y escondida almendra”, según dice el autor y que, sin duda, se trata de los nogales; y las rosas, las rosas menos bellas en el rosal que en la cabellera de las muchachas.

¿Y la pequeña, deliciosa Arca de Noé? Ahí los patos y los gansos dueños del “reino de la espuma”; la cabra equilibrista, el lebre astuto y el veloz caballo, el canto alegremente triste de las tórtolas, el borriquillo trotón cargado de leña —lleva demasiada leña este “platero” anónimo—, y el venado —no podía faltar el venado, como adelante se dirá—, coronando la tarde con sus cuernos jóvenes y pávidos.

Luego vienen las presencias humanas: el arriero, el cazador, el labrador tras “la majestad estoica” de los bueyes, la algarabía de los compradores y vendedores —tarde de feria y de mercado entre el grito y el regateo—, y el alegre tropel de la chiquillería que persigue los rubios panales.

Una huertecilla que abre los surcos cargados de legumbres vuelve a traer la serenidad al paisaje. Pero el poeta gusta de los contrastes: una cascada se derrumba, golpea los riscos, estalla espumajante. Sólo quedan, después, rientes y azules, tres ojos de agua bordeados de sombra, donde unas muchachas, despreocupadas, cantan y se bañan. A lo lejos, dos montañas encierran el valle.

Ya es de tarde. Una lluvia sutil refresca y perfuma. Cruzan los caballos piafantes, los diestros jinetes. Y, como en la pri-

mera Bucólica de Virgilio, los lugareños terminan la jornada con una cena. No deja de ser interesante la figura de este viejo —leve elogio de la ancianidad—, que invita a los comensales a lavarse las manos antes de cenar (el buen padre Santa Cruz, desde bambalinas, quiere acostumar a sus alumnos a la urbanidad y buenas maneras) y que, festivo como los jóvenes, prorrumpe en una sarta de chascarrillos que aumentan el apetito.

Las primeras estrellas se atreven. Empieza el baile ingenuo, se descíñen los cantos. El amor desconoce los celos. Hay candor en las almas y en el paisaje.

La descripción de Santa Cruz revela sus dotes de observador, puesto que refleja los principales elementos que le brinda el pueblo a la caída de la tarde, sin descuidar ni lo mayor ni lo menor. En la brevedad del poema, logra encerrar un mundo de detalles, pero esquivando la aglomeración confusa. Bien está expresado el dinamismo de la descripción en el frecuente estribillo:

omnia motus erant, animatio vitaque demum

El resultado del poema no es la inerte fotografía, sino este retrato hablado, esta “transparencia” a colores, donde se funden la gracia, la vivacidad y una ingenua delicadeza lírica.

Sin incidir en manías de “fuentista” —tal como los recrimina Dámaso Alonso—, creo que tres poetas latinos, los tres grandes, laten en los versos de Santa Cruz. Desde luego, Virgilio; no sólo en el recuerdo de los enjambres y los panales de sus Geórgicas, en el fragor del agua de la Eneida o en la cena vespertina de las Bucólicas; sino sobre todo en el dibujo del estilo, en la candorosa expresión de los sentimientos, en la ternura con que trata a la naturaleza, en la paz con que mira el paisaje y transfunde en su poesía.

De Ovidio espiga tal o cual verso, cuya deuda el propio autor confiesa en las notas con que ilustra el poema. No hay de Horacio huellas formales; pero el espíritu del *Beatus ille* fácilmente puede advertirse en este otro elogio de la vida

retirada, donde el hombre, al contacto de la naturaleza, encuentra el secreto de la libertad y de la felicidad.

Es curioso observar cómo ningún temblor ultraterreno sacude el verso de Santa Cruz. El hombre y el paisaje, nada más.

San Sebastián Ojo de Agua del Venado

El pueblo que inspiró el poema de Santa Cruz, el anónimo “quodam in vico”, es un pueblo real, más allá de la ficción; aunque es natural que su fantasía haya matizado aún más la realidad. Tal es Venado —y de ahí que asome coronado un verso y un atardecer, la cornamenta pávida de un venado—, o San Sebastián Ojo de Agua del Venado, que tal fue el primitivo nombre.

Situado a cien kilómetros por carretera al norte de la ciudad de San Luis Potosí, fue fundado en 1591 por don Juan Escanamé con una junta de chichimecas y negritos —subgrupo éste de los guachichiles—, a quienes se unió posteriormente una colonia de tlaxcaltecas. Los franciscanos, evangelizadores de estos indígenas, erigieron el convento de San Sebastián en 1593 y ahí permanecieron hasta los días de la Independencia.

En medio del semidesierto potosino, Venado —al que también puede llegarse por ferrocarril que deja en la Estación de Venado, a unos cuatro kilómetros del pueblo—, es un oasis extraordinariamente fértil.

La descripción poética de Santa Cruz coincide con la realidad de Venado, cuyo ameno paisaje se conserva hasta hoy: la cueva de donde mana el río, los tres ojos de agua sombreados por álamos; el caudaloso río que llena de verdor el pueblo al atravesarlo de poniente a oriente hasta internarse en las tierras semidesérticas del altiplano; las huertas de frutales y hortalizas, las montañas que hacia el noroeste, a unos quince kilómetros, semejan la entrada al valle donde se asienta el pueblo. Hay otro dato real en el poema; cada tres, cuatro años crece el río sin que llueva en Venado, pero sí a lo lejos, hacia el poniente, en lugares más altos, de donde baja el agua que alguna vez produce destrozos en el pueblo. Es la

misma gente laboriosa la que anda por los versos y por las calles del pueblo, las mismas bellas muchachas.

Sólo el acueducto no aparece por ser posterior a la composición lírica; acueducto que fue construido en la época porfirista para servir a la fábrica de hilados de algodón que alcanzó su apogeo por los días en que el poeta Ramón López Velarde residió en Venado.

En vez de evocar un artificioso paisaje neoclasicista o una verdadera “naturaleza muerta”, académica y neutra, Santa Cruz elige como objeto de su canto, un pueblo de México, a tono con la conciencia de mexicanidad de su siglo XIX, logrando imprimir en el verso latino, auténticas viñetas nacionales de colorido brillante y neto, como el día de plaza o las carreras de caballos.

Si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, para decirlo con verso de Virgilio —“*sic parvis componere magna solebam*” (Égloga, I, v. 23)—, el poema de Santa Cruz sería la “*Rusticatio potosina*”, con el debido permiso de Rafael Landívar.

Por todo ello, por la perfección formal y el conocimiento del idioma y de la métrica, por el acierto descriptivo y el cuño nacionalista, por la efusión del sentimiento y la fluidez del estilo, esta obra de Santa Cruz —de Modesto Santa Cruz—, podría incluirse con mención honorífica, entre los más deliciosos poemitas de nuestra literatura latino-mexicana.

Ramón López Velarde en Venado

Ilustre huésped de Venado fue Ramón López Velarde quien, al concluir sus estudios de abogado en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, recibió el nombramiento de Juez de Primera Instancia en este pueblo, a donde llegó probablemente el 11 de octubre de 1911 para permanecer apenas entre cuatro y seis meses.

De su estancia en Venado, donde supo combinar la práctica judicial con la ferviente devoción por las muchachas más hermosas del pueblo, el mismo poeta nos ha dejado un fiel

testimonio en su prosa *La provincia mental* (*El don de febrero y otras prosas*. Prólogo y recopilación de Elena Molina Ortega. México, Imprenta Universitaria, 1952, pp. 188-191). Añádanse, además, los testimonios de Luis Noyola Vázquez en su libro *Fuentes de Fuensanta* (México, 3a. ed., Fondo de Cultura Económica, pp. 128-134); y el de Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider, coautores de *Ramón López Velarde. Album* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, pp. 56-64), quienes reviven los trabajos y los días del poeta de *La suave patria* en este pueblo potosino de casas de un piso, ventanas de sobria herrería y anchos patios con macetones y arbolados jardines. Después de más de ochenta años, los actuales habitantes de Venado se sienten orgullosos de que tan gran poeta haya vivido en su pueblo.

Las traducciones

Gloria extrínseca otorgan al poema de Santa Cruz, sus traductores Manuel José Othón y Ambrosio Ramírez quienes, el año de 1893, lo trasladaron a tercetos castellanos.

De la versión de Othón existen dos manuscritos en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; uno sin fecha, el otro del 11 de febrero de 1893. Es la única muestra de versión latina del cantor de la naturaleza que, por eso mismo, debió interesarle la composición de Santa Cruz, no sin prevenir al lector que su versión es “libre”, como que para confirmarlo, los 110 versos del original se convierten en casi el doble de los de la versión, que suman, 202.

Si en algunos pasajes se pierde la concisión latina, en muchos otros el traductor exalta el material que le ofrece Santa Cruz, sobre todo cuando se trata de la contemplación del paisaje. Por ejemplo, el escueto verso latino “collibus et pulchris aderat circumdata vallis” (y el valle estaba circundado por hermosas colinas), se transforma en la versión:

*Ceñiale gallardo el anchuroso
y verde cinturón de las colinas,
de agua perenne manantial undoso.*

O esta otra recreación del verso “hic magnis collegerat ollis mella favorum”:

*Chorreaba la miel de los panales
en anchas ollas, líquida la cera
bajo el sol, en hojuelas virginales.*

En la evocación del torrente —“duris cantibus illidit spumatque cadendo”—, la versión logra estos versos dinámicos y musicales:

*rompe en espumas al herir la peña
y hierve y salta en tumultuoso estruendo.*

Othón no sólo conserva el espíritu nacionalista del poema, sino que, además, suele ser fiel a las palabras, según escribe “jacal”, “la partida” de potros, el canto de la “chirimía”. Sin ser uno de sus grandes poemas, puede situarse en la línea, y aun en el estilo de *Poemas rústicos*, el libro esencial del potosino.

Ambrosio Ramírez (1856-1913), hombre de leyes y de letras, maestro universitario y humanista cabal, cultor de la poesía y de la crítica literaria, tradujo a verso castellano toda la obra de Horacio. De 1904 a 1908, fue Juez de Primera Instancia en Venado donde, además de desempeñar rectamente su cargo y escribir ensayos y poesías, impulsó generosamente la construcción de la torre de la iglesia parroquial para colocar en ella el reloj público; obra suspendida por la envidiosa maledicencia y, nunca tan cierto como en esta vez, por una “política de campanario”.

Su versión, igualmente parafrástica y acaso un poco rígida en algunos momentos, fue publicada en *El Estandarte* (San Luis Potosí, 12 y 19 de febrero de 1893), el periódico que dirigía el historiador, humanista y nahuatlato Lic. Primo Feliciano Velázquez.

Si la versión de Othón es más lírica y más fiel, la de Ramírez puede alternar decorosamente con la de su colega y, aun en el pasaje de la feria, puede quizás emularlo. Añadimos

una versión en prosa, mucho más literal, para mayor comprensión y contraste de esta leve *Rusticatio* potosina de San Sebastián Ojo de Agua del Venado.

BREVIS DESCRIPTIO
VESPERIS VERNI QUODAM IN VICO
REIPUBLICAE MEXICANAE
ANNO 1850

Vesper veris erat, flabat perleniter aura:
Tum Zephyrus colludebat fontalibus undis,
Frondebis arboreis, herbis et floribus arvi.

Vicus erat pulcher perpulcher vallis agellus,
5 Collibus et pulchris aderat circumdata vallis.
Valli non deerat, non collibus, unda perennis:
Omnia ridebant ibi, temperiesque salubris.
Nullam contagem, pestemve manere sinebat
Vallis planitie pratum florebat amoenum,
10 Omnigenos flores quod producebat olentes,
Prati fronde super viridi, placidisque sub umbris
Tunc aestu fessi frigus captare solebant,
Omnis et omnicolor vernabat pulchra volucris.

Plurima cis colles, ac ultra, pulchra videres!
15 Jam pluerat procul a vico tribus ante diebus;
Deforis alluvio fluviales auxerat undas:
In stagnis anates, in rivis innattat anser.
Laetabantur oves, vituli, saltabat asellus,
Atque canis leporem consectabatur in agris:
20 Capreolus ludebat, ibi, taurusque boabat;
Congaudebat equus, bos laetus aratra ferebat:
Aucupis incessus fugientes monte columbae,
Pulchrum per vallis pratum volitare petebant.
Hic auceps, ibi cervorum venator adibat

25 Ulterius teneros adaquabat pastor et agnos.
Omnia motus erant, animatio vitaque demum!

Insonat hac ilex, aut labitur icta securi
Vel fassis asinus lignis incedit onustus:
Hic juga solvebat jam fassis bobus arator,
30 Alter eis ac herbas falce secabat adunca:

Hac pueri sectantur apes praesepe sinentes,
Cuncti currendo laeti per amoena vireta:
Hic magnis collegerat ollis mella favorum;
Ille liquat ceram, sub sole dealbat et illam.
35 Ulterius vacuant alii granaria multa,
Quippe vetus granum semper venundatur omne:
Pinguēs venundantur oves, celeresque caballi;
Omnia denique venduntur producta labore.
Hic ovium venit emptor, ibi venit emptor equorum;
40 Venditor hic loquitur, loquitur quoque venditor alter;
Omnia motus erant, animatio vitaque demum!

Hortulus illac ad casulam subridet alacris
Exiguus valde, variis at fertilis herbis,
Ac veluti pendens a celsi cuspide collis
45 Albicat unde pecus quasi grando, gramina carpens.
Turture laeta tristitia simul inde canente
Hac fluit atque cadit crepitantibus unda lapillis
Et raphanos rigat ulterius caulesque virentes,
Laetucas et napos atque legumina sulcis,
50 Herbas ac hilarat moerentes ante calore.
Illac illimis, dulcis, crystallinus humor
Pevenit a summo collis velut imber ad imum.
Duris cantibus illidit spumatque cadendo
Praeeps ingenti sonitu torrentis ad instar
55 Vadit et ulterius, rivi miscetur undis,
Qui sata longo decursu fecundat eremis,
In quibus et corvus crocitat cantatque cicada.
Naturae solertis opus, tria balnea lymphae
Denique sunt alibi placide manantis in antro,

60 Ludere quae bellus consuescit sexus adire,
Vocibus angelicis cantando laetus in undis:
Ante fores antri faciebat populus umbram
Omnia motus erant, animatio vitaque demum!

Efficiunt aditum vallis celsi duo colles,
65 Fronte sed ad frontem collis consistit uterque.
Quorum quodque latus recte consurgit ab imo
Scilicet ad perpendiculum vel adusque cacumen.
Hic aditus tandem, qui recti callis ad instar,
In vallem jam descriptam perducit amoenam,
70 Non minus apparet pulcher quam pulchra relata.

Condiderat vix in ponto sua lumina Phoebus,
Cum prati jam versicolor fulgebat horizon;
Nubibus in variis ardente vapore levatis
Prismatis ad mixtos acceperat ille colores:
75 Omnicolor coelum, volucris, praeque rosetum,
Omne videbatur, pretiosius omneque gemmis.
Imbre levi lente delapso terra madebat,
Atque novae testae madidae fundebat odorem,
Cum quo tot redolens florum pugnabat aroma
80 Dulce canebat avis, mulier quoque dulce canebat,
Forma puellarum laudem superabat et omnem:
Omnia motus erant, animatio vitaque demum!
Planitie vallis cum fit certamen equorum,
Nulli currentium vult aemulus esse secundus:
85 Atque quisque celer, victor fuit haud, neque victus.
Contigit hoc sex illorum velocibus aequae.
Circuitu prati, non longe, fertilis arbor
Multa colebatur, viridis, foliosaque multo,
Conditas fruges quae producebat opimas.

90 “Non manibus decet illotis accumbere mensae:
Indecet hoc pueros, indecet atque viros”.
Convivis haec verba senex vix dixerat unus,
Unda lavare sapone manus cum coeperat omnes.
Mensa fuit pergrata quidem, dapibusque referta;

- 95 Sed super omnia convivas melimela juvabant
Concursumque senex salibus ridere movebat.
Ridebant omnes, ridebant adque cachinnos
Sic augebatur magis ac magis ardor edendi
Omnia motus erant, animatio vitae demum!
- 100 Esuriam tandem jam postubi quisque replevit,
Laetantur juvenes chorea pariterque puellae,
Quarum quaeque fuit sertis redimita rosarum.
Virgineos aliqui cantus comitantur avenis
Insimul ac alii pedibus concentra sequuntur.
- 105 Ibant interea multi multaeque redibant:
- Assidet hic uni quam valde diligit alter;
Assidet haec alii, quem valde diligit illa;
Et mixtus tandem congaudet sexus uterque:
Nemo sciebat ibi, nemo nec nomine zelum:
- 110 Omnia candor erant casulis et collibus illis!

MODESTUS SANTA CRUZ.

NOTAS

Al autor del poema pertenecen las siguientes notas que escribió indistintamente en latín y castellano; preferimos ponerlas todas en castellano.

¹ verso 14: usamos "videres" en lugar de "vidisses", habrías visto; se trata de la enálage, figura retórica que, en este caso, pone un tiempo verbal en vez de otro.

² v. 24: "adibat", andaba.

³ v. 26. En la descripción del diluvio universal, Ovidio dijo también: "Omnis pontus erant deerant quoque littora ponto". Todo era un mar y a este mar le faltaban riberas.

⁴ v. 27. Este verso es de Virgilio.

⁵ v. 45. "Unde", de donde.

⁶ v. 46. "Inde", desde allí. "Laeta tristitia", con alegre tristeza; porque no se escucha el triste canto de la tórtola sin que se sienta luego cierta alegría.

⁷ v. 47. "Crepitantibus unda lapillis": son palabras de Ovidio.

⁸ v. 54. Descripción de una cascada.

⁹ v. 62. "Non populus prima brevi": el pueblo. "Populus prima longe": el álamo.

¹⁰ v. 79. "Pugnabat": competía.

¹¹ v. 95. "Melimela": las manzanas memelas o tempranillas por otro nombre, las cuales son muy dulces.

¹² v. 97. La preposición "ad" rige al acusativo "cachinnos": "ad cachinnos", a carcajadas. Por lo que escribimos "adque" y no "atque", que es conjunción.

¹³ v. 98. "Ardor edendi": la gana de comer.

¹⁴ v. 103. "Avenis": con chirimías, unos pititos cortos de sonido muy claro y muy parecidos a los clarinetes en la figura.

¹⁵ v. 110. Véase la autoridad de Ovidio, ya citada. El candor no estaba ni en las colinas ni en las chozas, como es obvio, sino en sus habitantes. Esta forma de expresión se llama metonimia, figura retórica que aquí designa el continente por el contenido.

TARDE CAMPESTRE

Por MANUEL JOSÉ OTHÓN

A Luis G. Urbina

Versión libre del poema latino del Padre Santa Cruz.

De mayo era una tarde. Mansamente
soplaba el viento, y céfiro jugaba
de la fontana con la azul corriente;

en las frondas y hierbas susurraba
y en las flores del campo. Delicioso
era el lugar, y el valle deleitaba.

Ceñíale gallardo el anchuroso
y verde cinturón de las colinas,
de agua perenne manantial undoso.

Todo inspiraba allí las más divinas
emociones al pecho dilatado,
libre de emanaciones asesinas.

En medio al valle florecía un prado
oloroso y exúbero y ameno,
de claveles y rosas matizado.

El labrador, a todo mal ajeno,
cuando los miembros el calor enerva,
descuidado tendíase y sereno

bajo la sombra y en la verde hierba.
Allí pintaba el aire de colores,
de pájaros la gárrula caterva.

¡Cuánta diversidad, cuántos primores
por todas partes! Lluvia persistente,
lejos de la comarca, en anteriores

días hizo crecida la corriente
del río que, sus ondas aumentando,
hasta el valle bajó como un torrente.

Vierais allí los ánsares nadando
sobre las aguas del undoso estero,
con movimiento ondulator y blando.

En las laderas y en el verde otero
brincaba el borriquillo y retozaban
juguetones la oveja y el cordero.

Los perros a las liebres acosaban
por el monte, y del toro que pacía
los potentes mugidos retumbaban.

En tanto el potro rápido corría
por la llanura, dócil el arado
llevaba el buey y el hondo surco abría.

Las palomas volaban hacia el prado,
en bandadas alígeras huyendo
del cazador ardiente y obstinado.

Mientras éste avanzaba persiguiendo
la fácil presa, por la cuesta erguida,
en pos del ciervo pávido corriendo,

iba otro cazador, y en la escondida
fuente el pastor las crías abrevaba. . .
¡Todo era encanto y movimiento y vida!

Lejos, en la montaña, resonaba
el hacha golpeando los encinos
cuyo tronco en astillas desgajaba.

Con la carga de leña, a los vecinos
jacales, caminando gravemente,
descendían los dóciles pollinos.

Allí un labriego pronta y diestramente
la fatigada yunta desuncía
y otra hierba segaba diligente.

Un grupo de muchachos perseguía
alegre por los húmedos rosales,
al áureo enjambre que veloz huía.

Chorreaba la miel de los panales
en anchas ollas; líquida la cera
bajo el sol, en hojuelas virginales

se convertía, y en la extensa era
las trojes arrojaban todo el grano,
fruto de la pasada sementera.

Con todo se trafica: ya en el llano
las ovejas veréis y la yeguada,
que el tiempo de la feria está cercano.

En el trajín, ¡qué rústica algarada!
Lo que producen montes y labores
osténtase a la vista fascinada.

Tratan en alta voz los compradores
de ovejas y de potros la partida
y hablan en voz igual los vendedores.

Es aquí por alguno encarecida
aquesta res y por el otro aquélla,
¡y todo es movimiento y todo es vida!

De muy corta extensión, aunque muy bella
y en plantas fértil, se alza alegremente
risueña huertecilla en que descuella

una cabaña: está como pendiente
de la colina, en cuya verde altura
la tórtola, cantando tristemente,

infunde al alma sin igual ventura.
Allí pace el ganado blanqueando
como el granizo y con la misma albura.

Allá corre el arroyo puro y blando
y cae sobre las guijas crepitantes
en pequeñas cascadas murmurando.

Legumbres y hojas moribundas antes,
y el tallo que agostara la calina,
reviven con las ondas refrescantes.

En cauda transparente y cristalina,
como una lluvia, el río se despeña
de lo alto de la espléndida colina;

rompe en espumas al herir la peña
y hierve y salta en tumultuoso estruendo
cual torrente que todo lo domeña,

y sigue sin parar, sigue corriendo,
y cruza por el monte y el sembrado,
yermos y milpas al pasar cubriendo.

Alza allí la cigarra destemplado
cantar, y el cuervo crascitando pasa
encima del peñón acantilado.

Hay una grieta enorme que traspasa
la roca y de la cual la linfa pura
surte y saltando hasta el peñón rebasa.

Encantador prodigio de natura:
tres baños allí forma, que sombrea
de álamo blanco la sin par frescura.

Suele venir de la cercana aldea,
agrupación de mozas tan garrida
que en ella el alma su ilusión recrea.

Canta con voz angélica y sentida,
alegre juega con la azul corriente,
¡y todo es goce y movimiento y vida!

En el confín del valle, frente a frente
dos montañas se ven, cuyo costado
partido está por cortadura ingente.

Colosal es el muro levantado
desde la base hasta la excelsa cima,
donde el vértigo tiene su reinado.

Las dos montañas, cerca de una sima,
pórtico al valle forman y al sendero
que recto hasta la aldea se aproxima.

¡Todo es encantador! En el frontero
horizonte del mar, su roja lumbre
el sol a sepultar iba ligero.

La luz reverberaba en la alta cumbre,
y el policromo espacio cobijaba
como sutil vapor, plan y techumbre.

Las nubes del poniente arrebolaba,
y el cielo y aves, fuentes y rosales,
de matices igníferos pintaba

con tal primor, que prados y eriales,
chozas y piedras, todo relucía
más que un efod, con rayos inmortales.

Una ligera lluvia descendía
sobre la tierra, que de aromas llena,
a tiesto húmedo y nuevo trascendía.

El pájaro su dulce cantilena
alzaba, y la mujer su dulce acento
vertía al par en cántiga serena.

¡Para ella, la luz del firmamento
al que vida prestaba su hermosura
en aquel infinito movimiento!

Convertida en estadio la llanura,
los mozos del lugar parten corriendo
y cada uno adelantar procura.

Se oye de los caballos el tremendo
galopar, y prosiguen la carrera,
ni vencedores ni vencidos siendo.

En tanto, no muy lejos, la pradera
se ciñe con sus árboles, en donde
frutas y hojas ostenta primavera.

Bajo sombroso pabellón se esconde
el rústico festín, y a su llamado
el apetito general responde.

Escúchase la voz de un viejo honrado,
alegre y decidor: "Nadie se llegue
a la merienda sin estar lavado.

Hombres y mozas, a la fuente; anegue
vuestras manos el agua, y en seguida
el jabón espumante las estriegue”.

Tal orden es al punto obedecida,
todos alrededor toman asiento
y da principio la frugal comida.

Es de ver el bucólico alimento
cubrir la mesa y halagar los ojos,
sano más que variado y succulento.

Leche y panal, melocotones rojos;
dulces, más que el almíbar, las manzanas
sobresalen allí, causando antojos.

Chistes agudos, propios de sus canas,
el anciano prodiga, y con sus sales
más del yantar aumentanse las ganas.

Todos en alegrarse son iguales,
y en derredor la vida se estremece
con sus palpitaciones inmortales.

Terminado el festín cuando anochece,
en la faz de mancebos y doncellas
el júbilo más puro resplandece.

Improvisase el baile, y todas ellas
de su cabello el abundoso manto
muestran ornado con guirnaldas bellas.

La chirimía su sencillo canto
deja escapar, tañida por un mozo
a quien otros se agrupan entretanto;

manos y pies con íntimo alborozo
menean a compás; y todo es fiesta,
y todos pasan respirando gozo.

Un garrido pastor danza con esta
doncella encantadora, y a su amante
no de los celos la pasión molesta;

y la que adora aquél, firme y constante,
tampoco sufre mordedura impía
ni de la envidia el aguijón punzante.

Ni el nombre del dolor se conocía
allí, donde las penas son extrañas.
¡Que todo es inocencia y alegría
en aquellas colinas y cabañas!

REINANDO PRIMAVERA

POR AMBROSIO RAMÍREZ

*A mis buenos amigos, Pbro. don Darío
Hernández y don Felipe M. de Lara.*

¡Hermosa tarde! Halagador ambiente
trisca en el campo, y céfiro amoroso
juega en las ondas de la clara frente.

El lugar, la campiña, su ríscoso
y azulino contorno de collados,
todo es encantador y deleitoso.

Por entre rocas a los verdes prados
gentil fontana viene de esa altura
a dar verdor perenne a los sembrados.

¡Espléndido lugar do la frescura
del céfiro apacible es enemiga
de pestilente emanación impura!

Un huerto en medio al valle sombra amiga
ofrece al labrador, y entre las flores
grato solaz después de la fatiga,

y en donde por huir de los rigores
de la abrasante enervadora siesta,
se tiende en grato lecho de verdores.

El alegre trinar de alada orquesta
aumenta la hermosura peregrina
y el primor juvenil de la floresta.

De este lado y detrás de la colina
encantos mil y mil dan placenteros
goces al alma y emoción divina.

Muy lejos fecundantes aguaceros
caído habían y caudal ingente
bajaba torrencial de los oteros.

Del arroyo acrecida la corriente
acá forma un estanque, allá un remanso,
en cuyas limpias aguas dulcemente

se deslizan el ánade y el ganso...
Aquí se alegra la paciente oveja
y alegre brinca el borricuelo manso.

Allá en el monte sin reposo deja
a las liebres el perro; el cabritillo
retoza, y lanzan como enorme queja

los toros al mugir; salta el potrillo;
las yuntas impasibles el arado
llevan, y canta el labrador sencillo.

El tenaz cazador por el sembrado
persigue infatigable a la paloma,
que, sin reposo en el ameno prado,

el vuelo tiende a la cercana loma,
do buscando del ciervo la guarida
otro incansable cazador asoma;

y conduce, del sol a la caída,
el pastor su ganado a la corriente;
y todo es gozo, animación y vida.

Allá cruje la encina cuando siente
del hacha el golpe cruel que la desgaja,
y el leñador avaro, diligente,

sus tallos corta, sus retoños aja,
y carga sus pollinos afanoso
del roble con los troncos hechos raja.

En otra parte, el yugo ponderoso
quita a la yunta el rústico labriego,
guarda el arado y sin tomar reposo

va al campo con la hoz, en donde luego
corta la verde yerba nutridora
que rumia el buey en plácido sosiego.

Persiguen a la abeja zumbadora
por el campo los chicos de la aldea,
que se agitan con charla encantadora.

Un campesino ve cómo chorrea
en ollas el panal de los aleros;
otro derrite cera o la blanquea;

aquellos desocupan los graneros
por haberse vendido el viejo grano;
estos tratan acá gordos corderos.

Uno ofrece el corcel fuerte y lozano,
allá asoma el que busca una partida
de ágiles potros; viene por el llano

el que ganados compra; y sin medida
habla al tratar aquella muchedumbre
llena de gozo, animación y vida.

Hermoso es ver, bajo el azul techumbre,
de nevados cabritos la manada
despuntando el tomillo en alta cumbre,

do canta la paloma enamorada
con alegre tristeza sus dolores,
y en cuya falda paze reclinada,

mansión de la ternura y los amores,
casuca humilde, a la que forman techo
enredaderas, árboles y flores.

A su frente murmura en cauce estrecho
linfa sonora que con gracia suma
corriendo va a caer en verde lecho

formando copos de nevada espuma;
y sigue y de pasada refrigera
las pobres yerbas que el calor abruma.

No distante, en la hermosa cordillera,
hay un peñasco de estupenda altura
desde el cual precipítase a manera

de aguacero impetuoso a la llanura,
límpida, clara y pura y cristalina
cascada que es primor de la hermosura;

y al caer en la roca diamantina
se rompe y hierve con furor bravío,
y luego murmurando se encamina,

grata corriente, al majestuoso río
que allá a lo lejos su caudal derrama
en las melgas del fértil sembradío,

do grazna el cuervo en frondinegra rama,
y ronca la cigarra en la maleza
cuando abrasa del sol la viva llama.

Con rudo trabajar naturaleza
en otra peña abrió plácida gruta
y prodigóla encantos y belleza.

Afuera agita su melena hirsuta
un álamo feraz, y en el follaje
el alma gozo sin igual disfruta;

y acrecienta el primor de aquel paisaje
un borbollón que brota a la salida
del antro delicioso entre el ramaje,

do alegre de muchachas la garrida
caterva entre las ondas juguetea
cantando llenas de entusiasmo y vida.

Elévase de mole gigantea,
tajado en dos, altísimo collado,
en cuya cima el rayo centellea.

Frente a frente uno de otro, cada lado
de aquella soberana cortadura
por do se llega al floreciente prado,

en belleza compite y donosura
del valle con las gracias y primores
que con largueza le brindó natura.

No bien el sol sus vívidos fulgores
oculta tras el dorso de la sierra,
es todo ya matices y colores.

Las nubes elevadas de la tierra
por el calor del abrasante día;
el prado, el horizonte que lo cierra,

el verde florestal, la selva umbría,
las montañas y todo es fulguroso
muy más que abriantada pedrería.

Llueve y el suelo tórnase oloroso,
y su fragancia a tiesto humedecido
pugna con la del prado vicioso.

Por el plácido céfiro mecido,
ya pasada la lluvia, alegre canta
el pájaro en la rama junto al nido,

y entonan con angélica garganta
las mozas del lugar dulces canciones,
y su ternura juvenil encanta.

Todo es gozo en aquellos corazones;
todo es frescor ameno en la pradera,
y todo causa dulces emociones...

Por ver quién triunfa en la veloz carrera
de caballos, la gente a la llanura
con gozo y entusiasmo va ligera.

De quién será la palma se murmura
con atonante grato vocerío,
pues la victoria muéstrase insegura.

Suspéndese el murmullo del gentío
y arrancan los corceles voladores
con ligereza igual y el mismo brío.

Por seis veces los diestros corredores
mantienen a los ánimos dudosos,
y ni vencidos son ni vencedores...

Obscuro bosque de árboles frondosos
no lejos de aquel sitio se veía
cargado ya de frutos olorosos.

Bajo su verde bóveda sombría
una rústica fiesta de aldeanos
da remate a los gozos de aquel día.

—“No es conveniente que toméis, hermanos,
de estos manjares, sin que el agua pura
antes refresque las ardientes manos”.

Dice un viejo, y al punto se apresura
la turba alegre a fuente sonora
que no distante del festín murmura.

Luego con algazara bulliciosa
quién sobre piedras, quién sobre troncos,
quién en la verde fronda voluptuosa,

se sientan sin cumplidos ni atenciones;
y el festival comienza; pero antes,
para alegrar los tristes corazones

apúranse las copas rebosantes;
después en medio a rústica alegría
se devoran manjares incitantes.

Y a todos nuestro viejo divertía
con historias festivas y graciosas,
y aquel concurso sin cesar reía;

reía a carcajadas estruendosas
que en todos el anhelo acrecentaban
de terminar con viandas tan sabrosas.

La dicha, el gozo y el placer reinaban;
todo era animación, todo recreo,
y de ventura y paz todos gozaban.

Cuando ya se sació todo deseo,
corónanse de rosas las doncellas
y comienza la gracia del jaleo.

Al grato son del arpa, a las estrellas
unos dirigen en sentido canto
de desdén o de amor dulces querellas.

Otros del baile entréganse al encanto,
mientras éstos charlando, entre las flores
discurren sin pesares ni quebranto.

Una a quien otro requirió de amores
sus penas comunica; aquella llora
con el amado ajeno sus dolores.

Y todos en concordia seductora
mancebos y muchachas, sin recelo,
disfrutan de ventura encantadora

en aquel verde prado, bajo un cielo
de dicha sin igual; y todo es gozo,
todo candor, sin venenoso celo;
todo íntimo placer, todo alborozo.

BREVE DESCRIPCIÓN DE UNA TARDE DE
VERANO EN CIERTO PUEBLO DE LA REPÚBLICA
MEXICANA, AÑO DE 1850

Versión en prosa

En una tarde de verano, soplaba suave vientecillo; el céfiro jugueteaba con el agua de la fuente, con la fronda de los árboles, con las yerbas y las flores del campo.

Hermoso era el pueblo, más hermoso aún el valle y la campiña. Se encontraba el valle circundado por risueños collados en los que continuamente llovía. Todo ahí era sonrisa. Saludable clima impedía que el contagio o la peste se tornaran endémicos. Amena pradera florecía en el bajo valle y sus flores eran variadas y olorosas. La gente, abrumada por el calor, solía refrescarse tendida sobre la verde yerba del prado; una caterva de aves ahí veraneaba.

Sobre el collado, podías recrear la vista por todas partes. Tres días antes había llovido lejos del pueblo, por eso había crecido el río con el foráneo aluvión. Nadaban los patos en los estanques y los gansos en el río. Se alegraban las ovejas y los novillos, reparaba el borriquillo, un perro perseguía una liebre por el campo, retozaba el chivito y el toro bramaba. Se enardecía el caballo y alegre el buey tiraba del arado. Las palomas huían por el monte al acercarse el cazador y se dirigían a revolotear por el hermoso prado del valle.

Por ahí iba el cazador de pájaros y, por su lado, el cazador de venados; más allá, el pastor conducía al agua a sus tiernos corderitos. Todo era movimiento, animación y vida.

Resonaba con estruendo la encina al caer herida por el hacha, en tanto el asno caminaba muy cargado de leña. En otra parte, un labriego desuncía sus cansados bueyes, mientras otro cortaba la yerba con la curva hoz.

Van los muchachos con algarabía, por el zacatal ameno, tras un enjambre que ha dejado su colmena. Un muchacho escurre la miel de las pencas en anchas ollas y otro licúa la cera y la pone al sol para blanquearla.

Más allá, otras gentes desocupan varios graneros, pues hay que vender todo el maíz de la anterior cosecha. A la venta están gordos borregos y caballos de carreras; se comercia con todo lo que produce el trabajo. Llega por ahí el comprador de ovejas y allá el que desea comprar caballos. Ya grita un vendedor, ya grita otro también. Todo era movimiento, animación y vida.

De aquel lado, junto a un jacal, sonrío gracioso huertecillo; pequeño, sí, pero variado y fértil en legumbres. Como pendiente de la alta cima del cerro, blanquea, cual granizo, el ganado que pace. Cantan las tórtolas con alegre tristeza.

Por este lado, corren y despéñanse las aguas crepitantes que, río abajo, riegan los surcos de rábanos, verdes coles, lechugas, nabos y legumbres, según dejan lozanas a estas plantas hasta hace poco dobladas por el calor.

Más acá, un dulce arroyuelo cristalino y límpido, como llovizna se precipita desde alta colina, se estrella contra dura roca, forma espumas al caer y, cual torrente en tumultuoso estruendo, arrebatado prosigue su curso hasta juntar sus aguas con las del río, cuyo largo recorrido fecunda las siembras del altiplano, allá donde crocica el cuervo y canta la cigarra.

Obra de la sabia naturaleza son los tres baños de limpias aguas que manan de una cueva mansamente. El bello sexo acostumbra ir ahí a jugar; alegres nadan las muchachas, mientras cantan con angelicales voces; los álamos sombrean la entrada de la cueva.

Todo era movimiento, animación y vida.

Dos altos cerros forman la entrada del valle, frente a frente están colocados uno del otro, cuyos costados se levantan *hasta* la cima, perpendiculares a su base, formando un pórtico que, como sendero, conduce hacia el ya descrito ameno valle.

Mas no alcanzan mis palabras a describir tanta galanura. Apenas Febo esconde sus rayos en el mar, cuando el prado, en su anchura toda, refulge en variados colores. Elévanse

nubes de ardiente vapor, y el sol recibe los cambiantes colores de un prisma. Bañados de colores el cielo, las aves, las rosas del prado, aparece todo más precioso que las gemas.

Se humedece la tierra al caer lenta lluvia y se esparce un olor a jarro nuevo mojado que emula el aroma que las flores despiden. Delante canta un pájaro, igual una mujer; la belleza de las muchachas supera en mucho a todos los elogios.

Todo era movimiento, animación y vida.

Cuando en la llanura del valle hay carreras de caballos, ninguno de los corredores quiere quedarse atrás de su rival, de suerte que no hay vencedor ni vencido. Seis de entre ellos, son los mejores corredores.

No lejos, y circundando el prado, se cultivan muchos árboles frutales, de verde y abundante follaje, que producen sabrosa y escondida almendra (la nuez).

“No está bien sentarse a la mesa sin lavarse las manos, sean limpios los jóvenes, sean limpios los mayores”; apenas un anciano hubo dicho estas palabras a sus invitados, cuando todos a una empezaron a enjuagarse las manos. Opípara estaba aquella mesa, llena de manjares; los comensales preferían sobre todo aquellas manzanas dulcísimas, mientras el viejo traía a colación una sarta de chistes para mover a risa, y todos reían, y reían a carcajadas, y así se abría más y más el apetito.

Todo era movimiento, animación y vida.

Cuando, finalmente, cada uno quedó satisfecho, los muchachos igual que las muchachas se regocijan con el baile; ellas engalanan su pelo con rosas, unos acompañan con chirimías los cantos juveniles, otros siguen al unísono el ritmo golpeando con los pies; y así ellos van hacia adelante y ellas vienen hacia atrás.

Éste acompaña a una joven que otro ama tiernamente y aquélla a un muchacho a quien otra ama mucho, gozan ambos sexos al unirse y confundirse: nadie, ni por su nombre, conoce ahí los celos.

Todo era candor en aquel caserío, en aquellas colinas.